

1

Un domingo temprano, después de la primera misa en Clonegal, mi padre, en lugar de llevarme a casa, se interna en Wexford, en dirección a la costa, que es de donde viene la familia de mi madre. Es un día caluroso, soleado, con tramos de sombra y verdor, súbita luz en el camino. Atravesamos el pueblo de Shillelagh, donde mi padre perdió nuestra Shorthorn colorada a las cartas, y continuamos más allá del mercado de Carnew, donde el hombre que ganó la ternera la vendió poco después. Mi padre arroja el sombrero en el asiento del acompañante, baja la ventanilla y fuma. Yo me deshago las trenzas y me recuesto en el asiento trasero, mirando por la ventanilla de atrás. De a ratos hay un cielo límpido y celeste. De a ratos el cielo queda marcado por la tiza

de las nubes, pero mayormente es una mezcla embriagadora de cielo y árboles rayados por los cables de la ESB, a través de los cuales, de vez en cuando, se precipitan bandadas marrones y pequeñas de pájaros que desaparecen.

Me pregunto cómo será ese lugar de los Kinsella. Veo a una mujer alta, parada ante mí, que me hace beber la leche todavía caliente recién ordeñada. Veo a otra, una versión menos probable de ella en delantal, vertiendo la mezcla de los panqueques en una sartén, preguntándome si voy a querer otro, de la manera en que a veces lo hace mi madre cuando está de buen humor. El hombre será alto como ella. Me llevará al pueblo en el tractor y me comprará limonada y papitas fritas. O me hará limpiar los cobertizos, recoger piedras y arrancar yuyos y acederas en los campos. Lo veo sacando de su bolsillo lo que espero sea una moneda de cincuenta peniques, pero que resulta ser un pañuelo. Me pregunto si viven en una granja vieja o en un bungalow nuevo, si tendrán una letrina afuera o un baño adentro de la casa con inodoro y agua corriente. Me imagino a mí misma acostada en un dormitorio oscuro, con otras niñas, diciendo cosas que no repetiremos cuando llegue la mañana.

Una eternidad, parece, transcurre antes de que el auto reduzca la velocidad y doble por una senda asfaltada y estrecha, luego un estremecimiento cuando las ruedas golpean sobre las barras de metal de un guardaganado. A cada lado, hay espesos cercos de setos recortados en escuadra. Al final de la senda hay una casa larga y blanca con árboles cuyas ramas se arrastran por el suelo.

–Pa –digo–, los árboles.

–¿Qué pasa con los árboles?

–Están enfermos –digo.

–Son sauces llorones –dice y se aclara la garganta.

En el patio, los brillantes cristales de las altas ventanas reflejan nuestra llegada. Me veo a mí misma mirando desde el asiento de atrás, salvaje como hija de gitano, con mi cabello todo suelto, pero mi padre, al volante, se ve exactamente como mi padre. Un gran sabueso suelto, con el pelo sucio por la sombra de los árboles, deja escapar algunos ladridos carrasposos y poco entusiastas, luego se sienta sobre el escalón y mira hacia la puerta, por donde salió el hombre. Él tiene un cuerpo cuadrado, como el de los hombres que mis hermanas a veces dibujan, pero las cejas blancas, para combinar con el pelo. No se parece a los de la familia de mi madre, que son todos

altos, con brazos largos, y me pregunto si no hemos llegado a la casa equivocada.

–Dan –dice y se pone tenso–, ¿cómo estás?

–John –dice Pa.

Se quedan mirando el patio por un instante y enseguida empiezan a hablar de la lluvia: de lo poco que llueve, de lo mucho que los campos necesitan lluvia, de cómo el cura de Kilmuckridge rezó por lluvia esa misma mañana, de cómo nunca antes se vio verano como ese. Hay una pausa en la que mi padre escupe y luego la conversación gira al precio del ganado, a la Comunidad Económica Europea, la acumulación de manteca, el costo de la cal y del desinfectante para ovejas. Esa manera que tienen los hombres de no hablar es algo a lo que estoy acostumbrada: les gusta patear el pasto con el taco de la bota para arrancar un terrón de turba, golpear el techo del auto antes de que arranque, escupir, sentarse con las piernas bien abiertas, como si no les importase.

Cuando sale la mujer, no les presta atención a los hombres. Es incluso más alta que mi madre, con el mismo cabello negro, pero el suyo está duro como un yelmo. Lleva una blusa estampada y pantalones marrones acampanados. Abre la puerta del

auto, me saca y me besa. Mi rostro, mientras me besa, se pone caliente contra el de ella.

–La última vez que te vi estabas en el cochecito –me dice y retrocede, esperando una respuesta.

–El cochecito se rompió.

–¿Qué le pasó?

–Mi hermano lo usó de carretilla y se le salió una rueda.

Se ríe y se humedece el pulgar y me limpia la cara. Puedo sentir su pulgar, más suave que el de mi madre, sacándome algo. Cuando me mira la ropa, veo mi vestido de algodón, mis sandalias polvorientas a través de sus ojos. Hay un momento en que ninguno de nosotros sabe qué decir. Una brisa cargada y extraña cruza el patio.

–Pasa, *Leanbh*<sup>1</sup>.

Me conduce adentro de la casa. Hay un instante de oscuridad en el vestíbulo; cuando titubeo, ella titubea conmigo. Nos adentramos en el calor de la cocina, donde me dice que me siente, que me ponga cómoda. Por debajo del olor de lo que se cocina en el horno huele a desinfectante, un poco a lavandina.

<sup>1</sup> N. del T.: En irlandés, “criatura”.

Saca una tarta de ruibarbo del horno y la pone en la banqueta para que se enfríe: jarabe a punto de rebozar por el hervor, delgadas hojas de repostería horneadas en la tapa. Desde la puerta sopla una corriente de aire fresco, pero aquí hace calor y todo está quieto y limpio. Las altas margaritas siguen tan inmóviles como el vaso de agua alargado en el que están. Por ningún lado hay rastros de niños.

—¿Y cómo está tu mami?

—Se ganó un billete de diez con el premio que dan por los bonos.

—No.

—Sí —digo—. Hubo gelatina y helado para todos, y ella compró una cámara nueva y herramientas para reparar la bicicleta.

—Bueno, qué regalo.

—Sí —digo y siento, de nuevo, los dientes de acero del peine contra mi cuero cabelludo, esa misma mañana, la fuerza de las manos de mi madre cuando me hacía las trenzas tirantes, su vientre contra mi espalda, duro por el próximo bebé. Pensé en los pantalones limpios que puso en la valija, la carta y en lo que tal vez había escrito. Ellos intercambiaron palabras:

—¿Cuánto tiempo la van a tener?

–¿No pueden tenerla todo el tiempo que quieran?

–¿Eso es lo que voy a decir?

–Di lo que quieras. No es acaso lo que siempre haces.

Ahora, la mujer llena con leche una jarra esmaltada.

–Tu madre debe estar ocupada.

–Está esperando que vengan y corten el heno.

–¿Todavía no cortaron el heno? –dice–. ¿No se les hizo tarde?

Al entrar los hombres, por un momento se pone oscuro, luego, cuando se sientan, vuelve a haber luz.

–Bueno, señorita –dice Pa, corriendo una silla.

–Dan –dice ella con una voz distinta.

–Qué día abrasador.

–Seguro que hace calor.

La mujer se da vuelta para observar la pava, esperando.

–A los campos no les vendría mal un poco de lluvia –dice Pa.

–No va a llover en mucho tiempo –dice ella y mira la pared como si de ella colgara un cuadro, pero no hay cuadro en esa pared, sino un gran reloj de caoba, con dos manecillas y un gran péndulo de cobre que se balancea.

—Igual fue un gran año para el heno. Nunca vi nada así —dice Pa—. El depósito está lleno hasta el tope. Casi me rebano la cabeza con las vigas al amontonarlo con el horcón.

Me pregunto por qué miente mi padre sobre el heno. Se le da por mentir sobre cosas que, de ser ciertas, serían lindas. En alguna parte, más allá, alguien ha puesto en marcha una motosierra, que por un momento zumba a la distancia como una avispa grande y punzante. Ojalá estuviera allí, trabajando. No estoy acostumbrada a estar sentada quieta y a no saber qué hacer con las manos. Una parte de mí quiere que mi padre me deje ahí, mientras que otra parte desea que me lleve de vuelta, a lo conocido. Estoy en un punto en el que no puedo ser la que siempre soy ni convertirme en la que podría ser.

De la pava sale vapor y el agua borbotea hasta el punto de hervir, la tapa de acero golpea. En el alféizar de la ventana se mueve un gato blanco y negro. Sobre el piso, por los mosaicos duros y limpios, la sombra de la mujer se alarga, casi hasta alcanzar mi silla. Kinsella se levanta y agarra una pila de platos del aparador, abre un cajón y saca cuchillos y tenedores, cucharitas. Le saca la tapa a un frasco de



remolachas y, con un tenedor, las pone en un platito, deja afuera pasta para untar y condimentos. Mi padre lo observa hacer atentamente. Ya hay un bol con tomates y cebollas cortadas finas, una hogaza de pan fresco, un pedazo de cheddar rojo.

–¿Y cómo anda Mary? –pregunta la mujer.

–¿Mary? Ya le falta poco –dice Pa echándose hacia atrás, satisfecho.

–Me imagino que el último bebé se está poniendo fuerte.

–Sí –dice Pa–. El problema es alimentarlos. No hay apetito como el de un niño y, puedes creerme, esta no es distinta.

–Ah, todos tenemos arranques de comer y así, a los estirones, crecemos –dice la mujer, como si eso fuera algo que él debiera saber.

–Ella va a comer, pero que se lo gane trabajando. Kinsella alza la vista.

–Nada de eso va a ser necesario –dice–. Lo único que la niña tendrá que hacer es ayudarla a Edna en la casa.

–Con gusto cuidaremos a la niña –repite la mujer–. Acá es bienvenida.

–Va a comerles hasta lo que no hay –dice Pa–, pero no creo que de aquí a un año se hable de esto.

Cuando nos sentamos a la mesa, Pa agarra la remolacha. No emplea el tenedor dispuesto para que nos sirvamos, sino que usa el suyo. Mancha el jamón rosado, chorrea. Se sirve té. Mientras comemos, hay un silencio irregular, nuestros cuchillos y tenedores parten lo que hay en nuestros platos. Luego, al cabo de un cierto tiempo, se corta la tarta. La crema cae sobre el pastel caliente, corre.

Ahora que mi padre me entregó y que comió hasta saciarse, está ansioso por encender un cigarrillo e irse. Siempre es lo mismo: nunca se queda mucho tiempo en ningún lugar después de haber comido; no como mi madre que se quedaría hablando hasta que oscureciera y volviera a salir el sol. Eso, en todo caso, es lo que dice mi padre, aunque jamás supe que pasara. Con mi madre, todo es trabajo: nosotros, la elaboración de manteca, las cenas, lavarnos y levantarnos y dejarnos listos para misa y la escuela, el destete de los terneros, la contratación de hombres para que aren y rastrillen los campos, estirar el dinero y conectar la alarma. Pero este es otro tipo de casa. Acá hay espacio y tiempo para pensar. Tal vez haya dinero ahorrado.

–Mejor que me vaya yendo –dice Pa.

–¿Qué apuro tienes? –pregunta Kinsella.

–El sol ya quema y todavía tengo que regar las papas.

–Estos días no hay que preocuparse por los parásitos –dice la mujer, pero de todos modos se incorpora, recoge el cuchillo filoso y sale por la puerta de atrás. Quiero ir con ella, para sacarle el barro a lo que vaya a cortar y traerlo a la casa. Mientras ella está afuera, entre los hombres hay un cierto silencio que se instala y espesa.

–Dale esto a Mary –dice la mujer, volviendo–. Sea el año que sea, estoy tapada de ruibarbo.

Mi padre lo recibe, pero le resulta tan incómodo como cuando carga al bebé. Se le cae un tallo al piso y luego otro. Espera que ella los recoja y se los devuelva. Ella espera que el que los recoja sea él. Ni ella ni él se mueven. Al final, el que se agacha a juntarlos es Kinsella.

–Ahí está –dice.

Ya en el patio, mi padre echa el ruibarbo en el asiento de atrás, se mete detrás del volante y enciende el motor.

–Suerte –dice–. Ojalá esta niña no les traiga problemas.

Y entonces, dirigiéndose a mí:

–Trata de no meterte en problemas.

Lo observo dar marcha atrás, doblar por la senda y alejarse. Oigo cómo las ruedas golpean contra el guardaganado, luego el cambio de velocidad y el ruido del motor desandando el camino por el que llegamos. ¿Por qué se fue sin decir más que adiós, sin siquiera mencionar que volvería a buscarme? La brisa cargada y extraña que cruza el patio ahora se siente más fría, y grandes nubes blancas cruzan por sobre el establo.

–¿Qué te aflige, criatura? –pregunta la mujer.

Me miro los pies sucios adentro de las sandalias.

Kinsella se queda cerca.

–Sea lo que sea, dínoslo. No nos incomoda.

–¡Dios todopoderoso! ¡Se fue y se olvidó de dejarnos tus cosas! –dice la mujer–. No hay que asombrarse de que estés así. Bueno, ¿acaso ese hombre no tiene una cabeza de chorlito?

–Qué importa –dice Kinsella–. En menos de lo que canta un gallo vamos a dejarte preciosa.

–De aquí a un año nadie se va a acordar –dice la mujer.

Por un instante, se ríen ruidosamente. Luego paran. Cuando vuelvo a la casa con la mujer, quiero que diga algo, que me tranquilice. Pero en lugar de

hacerlo, levanta la mesa, recoge el cuchillo afilado y se queda parada donde da la luz de la ventana, limpiando la hoja debajo de la canilla abierta. Se me queda mirando mientras lo termina de limpiar y lo guarda.

–Bueno, muchachita –dice–, me parece que ya es tiempo de darte un baño.